

CAPÍTULO UNO

DE LOS AMORES DE ISABEL II AL COCIDO MADRILEÑO, CON PARADA EN EL CRIMEN DEL EXPRESO DE ANDALUCÍA (ESTACIÓN DE ATOCHA)

Nada más retirar el envoltorio al paquete que acababa de recibir, el abogado miró aquel objeto con sorpresa. Se trataba de un retrato acompañado por una nota. En ella, pudo leer: «Como ve, sin joyas». «¡Qué mujer tan aguda!», pensó, mientras lo levantaba de la mesa y lo apoyaba en su regazo. Con una leve sonrisa en el rostro y gesto de asentimiento, fijó la vista en la ventana. No entraba mucha luz; ya sabía cómo era el clima en París. Entonces, empezó a recordar la historia que rodeaba aquella pieza.

Hacía ya algún tiempo, tal y como había convenido con la soberana en el exilio, se había presentado en el palacio de la avenida Kléber. La persona encargada de atenderlo lo condujo, en silencio, por un largo pasillo, cubierto por mullidas alfombras. Cuando al fin llegaron al despacho de aquella mujer, que había ocupado el trono español bajo el nombre de Isabel II, esta lo hizo pasar, diciendo:

—Pasa, pasa, Nicolás. Siéntate, por favor. Perdona que no me levante. Acabo de comer y estoy algo pesada. La culpa la tienen la paella y la tortilla de patatas que me preparan casi a diario. Fíjate, tan lejos de mi casa y con cocina española. Vivo como una reina.

Salmerón se sintió cómodo. Frente a él, una mujer sentada frente a su escritorio lo acogía en su intimidad. Su interlocutora iba directa al grano:

—Mira, apenas nos conocemos –continúo la mujer, con seguridad– y, sinceramente, si hubiese sido yo la encargada de buscar abogado, habría acudido a otra persona. Así lo hice saber a Rodríguez Rubí, de la embajada. Pero Rubí está conforme con tu honestidad y no duda de que eres un buen abogado. Te pido disculpas y ruego que tengas en cuenta las circunstancias. Lo que yo quiero saber es si tú estás dispuesto a encargarte del asunto.

—Señora, quiero encargarme –respondió el abogado, tomando las riendas de la conversación–. Pero soy republicano y usted ha de saber que, aceptando llevar su caso, no seré el abogado de una reina, sino que tendré una cliente española.

Con las manos apoyadas en su cintura, tan poco estilizada, doña Isabel añadió:

—El hecho de que sea usted republicano o no es cosa que solo lo atañe a usted; no a mí, señor Salmerón. Yo he hecho llamar al abogado más eminente y al hombre más honrado de España.

Ella, que nunca antes había tratado a nadie de usted, acababa de demostrar que sabía adaptarse a las circunstancias.

—Señora, este modesto abogado está a su servicio.

Nicolás Salmerón, ex presidente de la Primera República española y dedicado al ejercicio de la abogacía en París, defendió de maravilla los intereses de Isabel II en relación con unas desavenencias surgidas por el testamento que dejó su madre, María Cristina de Borbón y de las Dos Sicilias, al morir. Agradecida, la reina en el exilio quiso pagar de manera generosa los servicios de su insigne abogado. Pero él se negó a cobrar minuta alguna. Ni corta ni perezosa, doña Isabel le hizo llegar un retrato suyo enmarcado con plata, perlas y piedras preciosas. Don Nicolás se quedó con el retrato y le devolvió el marco, con una nota que decía: «Por favor, que sea sin joyas». Pero la mujer, siempre testaruda, le envió un segundo cuadro, con el mismo marco, en el que posaba sin brazaletes, ni anillos, ni collares. Esta vez, lo acompañó de una nota en la que decía: «Como ve, sin joyas».

Según quienes la conocieron, Nicolás Salmerón fue la única persona a la que Isabel II trató de usted en toda su vida.

Siguiendo nuestra costumbre, permitiremos que uno de los personajes históricos que protagonizarán este capítulo de nuestro nuevo libro sea el responsable de abrirlo. En este caso, hemos elegido a la mismísima Isabel II. De su mano y en vuestra compañía, nos disponemos a recorrer Madrid. Ya sabéis, como siempre, aprovecharemos para irnos contando su rica historia. Y sus anécdotas. Así que, como hemos hecho en otras ocasiones, os invitamos a que os pongáis calzado cómodo y nos acompañéis a la estación de Atocha, que es donde empezaremos a pasear en esta ocasión.

ESTACIÓN DE ATOCHA: DE LOS AMORES DE ISABEL II AL COCIDO MADRILEÑO, CON PARADA EN EL CRIMEN DEL EXPRESO DE ANDALUCÍA

Para que podamos contar al lector la historia de Madrid, articulada por los crímenes, los amores y las recetas de cocina que dan título a este libro, le pedimos que se sitúe enfrente de la estación de Atocha. Y es que este lugar tan madrileño nos ha llevado a unir a Isabel II, de cuyos amores os hablaremos, con los asesinos que perpetraron el espeluznante crimen del expreso de Andalucía y con algo tan madrileño como el cocido. ¿A que os entra curiosidad? Pues seguid leyendo; ya veréis cuántos secretos históricos esconde esta zona de Madrid.

La cuesta de Moyano

Os recomendamos que os situéis a los pies de la estatua dedicada a Claudio Moyano, colocada en la intersección del paseo del Prado y la calle que a los madrileños nos da por llamar «cuesta de Moyano». Por cierto, ¿sabéis quién fue don Claudio Moyano Samaniego? Pues un político liberal, nacido en la provincia de Zamora en 1809 y muerto en Madrid en 1890. Es decir, don Claudio fue contemporáneo de Isabel II, quien vivió entre 1830 y 1904. Y los dos sufrieron en sus propias carnes los rigores de nuestro siglo XIX que, con sus ciento treinta gobiernos, sus nueve constituciones, sus tres destronamientos, sus cinco guerras civiles, sus decenas de regímenes provisio-



Estatua de Moyano,
frente a la Estación de Atocha.

nales, su número incalculable de revueltas, que pueden redondearse en dos mil, debió de ser de lo más entre-

tenido. Para quienes se hayan perdido haciendo la cuenta, se lo explicaremos de manera resumida y clara: si elaboramos una media aritmética, nos encontramos con que, en el siglo XIX, hubo en España un intento de derribar al gobierno cada diecisiete días. ¡Colosal, ¿verdad?! Pues nosotros solemos sudar tinta cuando tratamos de explicar esto en el extranjero. ¡Si es que aún queda mucho por saber de España por ahí fuera! Y ya sabéis: ahora que conocéis estos datos, tenéis la obligación moral de difundirlos, así como todo lo que aprendáis de nuestra historia, leyendo este libro.

Pero volvamos a la estatua de Moyano, quien, como os decíamos, fue un político español del siglo XIX. Llegaría a ser diputado, senador y ministro, además de catedrático y rector de Universidad. Durante su período más activo como ministro de Fomento, impulsó todo lo relacionado con los ferrocarriles españoles. Imaginamos que, por eso, su estatua se encuentra donde se encuentra. Enfrente de la estación de Atocha, queremos decir. Por cierto, si os fijáis en el basamento, podréis leer: «Este monu-